

Tilsa

Entre la conversación y los actos comunes de los amigos, a veces brilla el gesto magnífico, el que compone el retrato. Aquí algunos como diciendo: Tilsa es algo así.



El hospital era blanco y estaba tan elevado que abajo flotaban las nubes blancas. Como en ese hai kai de las garzas en la nieve: Blanco contra lo blanco. Esto fue a mediados del 60, en Francia. Los pacientes, me dijo, mirábamos desde un balcón las nubes que rodeaban la cima. Estaba casi enamorada de ese lugar. Parecía que viajábamos.

Yo me reí, incrédulo. Ella porfió:

-Así era, te digo. Parecía irreal, pero el balcón era de mármol.



Al atardecer llegan a la playa de Barranca los pollitos de mar. Las bandadas cambian repentinamente y a cada rato el rumbo de su vuelo. Y como vienen recibiendo el sol, a cada cambio el sol también cambia. Entonces parece que se encienden y se apagan. Cuando se asientan en la playa, están todo el tiempo yendo y viniendo al filo de la ola, rapidísimos, juntitos siempre a la espuma.

-Vieras, no tienen patas -me dijo.

-¿Y cómo corren?

-No sé. No los miré mucho tiempo, el mar me da ganas de hacer pichi.



La estaba mirando trazar el pelícano. Los acababa de ver, patéticos, hambrientos, arriba de los muros del mercado de Jesús María. Pero el pelícano que trazaba empezaba a ser estatuario. Es que está como debería estar, dice, alcanzando su grandeza. La grandeza es como un abismo. ¿Tú crees que en ese momento se va a comportar como nosotros, cuando ya está respirando ese otro aire?

-Pobre pelícano -le digo- lo vas a obligar a un gran gesto. Sin hacer caso de mi broma, sigue:

-¿Quién iba mirando el abismo marino cuando el barco avanzaba? ¡El mascarón de proa! Por eso tiene esa majestad, ¡no iba a estar como un turista borracho en la borda!



Le cuento que la marea subió sorpresivamente en Puerto Viejo, mientras yo y mi mujer, en la isla del frente, tratábamos de completar una docena de pejerreyes. El trecho hasta la playa se había anchado. Quince minutos estuvimos intentando cruzarlo. Regresamos a la isla casi ahogándonos entre los chupines de agua que levantaba la contracorriente. Eran las seis de la tarde, la marea bajaría al día siguiente. Encogidos de frío vimos pasar la noche, la niebla que vino sobre el mar, los lobos que se asomaban a mirar lo ridículos que éramos bajo la luna, entre las guaneras. Y etcétera porque mi relato importa sólo hasta aquí. Y porque Tilsa, que me había estado oyendo atentamente, ya no me escuchaba. Estaba ensimismada viendo, componiendo la isla, la niebla, las olas. Despertó para decirme con una inocencia aterradora que le faltaba un elemento:

-Te hubieras muerto -me rogó.

José Watanabe



